

cosas, por haber sido ellos en tiempo que los judíos andaban derramados por el mundo y la lengua estaba ya perdida y no sabían latín ni griego para aprovecharse de los intérpretes antiguos Aquila, Símaco, Teodoción, etc. De aquí viene ser ellos en tantas cosas tan contrarios a nuestra traslación Vulgata, porque en su tiempo no se tenía la noticia de la lengua hebrea que en tiempo de San Jerónimo y de los intérpretes antiguos que le siguen. También por ser sus exposiciones tan diferentes de las de los Santos Padres, y aun en muchas cosas tan contrarias. Los que se dan a ellas ordinariamente aborrecen las exposiciones de los Santos y las tienen por místicas, y con esto por una parte hacen la guerra a la traslación Vulgata y por otra a los libros de los Santos, que lo uno y lo otro es en gran daño de la Iglesia, y la mayor parte de los que de propósito se dan al estudio de la Escritura, se dan también a los rabinos, y de los Santos hacen poco caso. Uno de ellos es el doctor Arias Montano, como se puede ver en sus Comentarios sobre los doce profetas, donde lo más que dice es de rabinos, y a San Jerónimo y los otros Santos, ni los sigue jamás ni los alega ni nombra.

Viendo yo que esto de los rabinos se entra tanto, y que los libros de los católicos están llenos de doctrinas de rabinos, juzgué que haría mucho servicio a Nuestro Señor en desautorizar en todo lo que se ofreciese esta doctrina de los rabinos y de sus secuaces, mostrando sus errores y reprendiéndolos, porque quisieron más seguir a estos rabinos, que a los Santos Padres y a la traslación de San Jerónimo y de los Setenta intérpretes antiguos. No nombraba yo a ninguno de los católicos que son vivos. De esto se enojó el P. Mariana, porque es muy amigo de toda esta gente, y me lo reprendió mucho. Yo, porque no había lugar de dar de ello más cuenta a V. P., quité todo lo que decía contra los secuaces de los rabinos, y rendí mi juicio por entonces. Y así va lo de los profetas. Pero para lo de adelante deseo mucho saber el parecer y voluntad de V. P., para no discrepar de él» (1).

Un año antes de su muerte, en 1590, dió a luz Ribera la obra sobre los profetas menores, y cuando todos esperaban que continuaría sus trabajos exegéticos, porque aún estaba en los cincuenta y cuatro años, de repente le atajó los pasos la muerte en 1591. También dejó escritos algunos comentarios a la Epístola *Ad Hebraeos*, que salieron a la luz en Salamanca el año 1598; pero se ve que fué trabajo imperfecto, y suele ser poco mencionado.

(1) *Epist. Hisp.*, XXVIII, fol. 208.

6. Todos los lectores ilustrados en la ciencia de la Sagrada Escritura repiten con respeto los nombres de los P. Prado y Villalpando; y en algunos diccionarios y obras de vulgarización los hemos visto nombrados de tal manera, que hace sospechar los toman por un solo hombre. Bien pudieran llamarse uno literariamente estos dos Padres andaluces, pues durante largos años se ayudaron en su obra, fundiendo en uno, como si dijéramos, sus talentos, y perpetuaron sus nombres en el célebre comentario sobre el profeta Ezequiel. El P. Jerónimo Prado era de Baeza, y durante algunos años enseñó Sagrada Escritura en el colegio de Córdoba. Mientras enseñaba, iba preparando su gran comentario sobre Ezequiel, y delineando como podía algunas plantas del templo de Salomón que deseaba publicar. Asociaron entonces a sus trabajos al P. Juan Bautista Villalpando, nacido en Córdoba en 1552. Mientras era Provincial de Andalucía el P. Gil González Dávila le sorprendió tanto este trabajo exegético que se estaba preparando, que juzgó oportuno avisar de ello al P. Aquaviva, para que procurase que una obra tan importante llegase al deseado complemento. He aquí cómo se explica el P. Provincial con fecha 9 de Octubre de 1587:

«El P. Jerónimo Prado, que lee Escritura en Córdoba, ha hecho un notable trabajo sobre Ezequiel, principalmente sobre el principio y el fin de él, y cerca de esto postrero ha sacado toda la arquitectura del templo de Salomón; obra que a todos maravilla por su dificultad. He procurado envíe a V. P. alguna muestra de este trabajo, el cual a mí también me ha maravillado, para que, juzgando V. P. que es cosa que deba salir a luz, se dé orden en ello. Con otro ordinario el P. Prado enviará esto a V. P., y cuanto al gasto, aquí hay personas curiosas y ricas que le darán cumplidamente para el gasto y lo demás, y hay en esta ciudad de Sevilla grabadores flamencos señalados, y ahora graban algunas planchas para que con más facilidad se puedan las muestras de esto comunicarse. Hale ayudado el P. Villalpando a la arquitectura, que tiene en esto andado mucho, y su maestro, Juan de Herrera tan célebre en España, le estima» (1).

Movido por esta carta, y, sin duda, por algunas otras parecidas que recibió después, dispuso el P. General que pasasen a Roma los dos Padres Prado y Villalpando. Dirigiéronse a la Ciudad Eterna el año 1592, y allí continuaron su grande obra exegética, aunque a los tres años expiró el P. Prado, sin haber llegado en su explicación sino

(1) *Epist. Hisp.*, XXX, fol. 208. Gil González a Aquaviva. Sevilla, 9 Octubre 1587.



al capítulo XXVI de Ezequiel. Su compañero continuó el comentario, y dos años después trató de sacar a luz el trabajo de entrambos. Como la impresión de una obra tan considerable y los grabados, no tan fáciles, que deseaba presentar exigían buenas sumas de dinero, acudió Villalpando a Felipe II pidiéndole prestados tres mil ducados para los gastos de esta obra (1). El generoso monarca que había costado la Políglota de Amberes y fomentaba todas las obras que, de un modo ó de otro, se referían a los estudios sagrados, accedió a los deseos del P. Villalpando, y, gracias a la magnificencia real, púdose imprimir, entre los años 1596 y 1604, el monumental comentario sobre Ezequiel, en tres tomos en folio (2). Desde entonces no ha disminuído la estimación de los sabios, que, al pronto, miraron la obra como el esfuerzo más gigantesco que se había hecho hasta entonces para la interpretación de tan sublime y difícil profeta.

7. No ha logrado menor nombradía el P. Juan de Pineda. Nacido en Sevilla el año 1558, enseñó primero filosofía en Granada, y después de algunos años, teología; pero principalmente le empleó la santa obediencia en la cátedra de Escritura, que desempeñó diez y ocho años en Córdoba, Sevilla y Madrid. Fruto de este largo magisterio fueron algunas obras exegéticas muy estimables; su explicación del Cantar de los Cantares y sus *Comentarios al Eclesiastés* hallaron buena acogida en el mundo sabio, pero, sobre todo, levantó muy alto el nombre de Pineda la obra magistral, en 13 libros, sobre Job. La publicó en Madrid desde 1597 hasta 1601, en dos tomos en folio (3). Ilustres elogios han hecho católicos y protestantes de esta obra de Pineda, y prescindiendo de otros, queremos presentar al lector el juicio formado en nuestros días por el P. Knabenbauer, cuando en el prólogo de sus *Comentarios a Job*, después de referir otros comentaristas de menos monta pertenecientes a los siglos XVI y XVII,

(1) Puede verse en el archivo de Simancas, Estado, 361 [antiguo 962], la carta de Villalpando al Rey escrita el 30 de Octubre de 1593. *Ibid.* La de Felipe II a su embajador en Roma, duque de Sesa, fecha el 20 de Diciembre de 1593. Mándale proponer al Papa el contribuir a los gastos de esta obra. Si el Papa no accede, preste él al P. Villalpando todo lo necesario. *Ibid.* Estado, 364 [antiguo 969], Villalpando a Felipe II. Roma, 18 Noviembre 1597. Expone lo que se ha hecho hasta entonces, envía la cuenta de lo que se ha gastado, que eran 4.886 ducados, y pide que le siga socorriendo como antes el virrey de Nápoles.

(2) *Hieronymi Pradi et Joannis Baptistae Villalpandi, e Societate Jesu, in Ezechielem Explanaciones et Apparatus Urbis ac Templi Hierosolymitani, Commentariis ac Imaginibus illustratus, opus tribus tomis distinctum...* Romae, 1596.

(3) *Joannis de Pineda, Societatis Jesu, Commentariorum in Job Libri tredecim...* Madriti, 1597-1601, fol. 2 vol.

habla en estos términos del P. Pineda: «Son mucho más excelentes y llenos de estupenda erudición los 13 libros del P. Juan de Pineda de *Comentarios sobre Job*. Este autor explica cuidadosamente las exposiciones de otros, las examina, las pesa con mucha exactitud, aduce después para cada palabra del texto y para cada explicación innumerables pasajes de los antiguos escritores y de las costumbres de otros tiempos, y añade digresiones eruditísimas. Grandes alabanzas le tributan los mismos acatólicos, por ejemplo, Schultens, quien escribe: «Pineda nos dió un comentario completísimo, en el cual propuso con orden y examinó con crítica exactísima casi todas las explicaciones de los antiguos y modernos, sobre todo de los autores católicos.» Y Delitzsch llama a estos Comentarios «obra exacta con erudición estupenda y admirada y usada por los mismos protestantes. Digno es el Comentario de Juan de Pineda de que aun hoy sea consultado asiduamente» (1).

8. Los escriturarios mencionados hasta ahora trabajaron principalmente con un fin científico, es decir, proponiéndose ante todo el esclarecimiento del texto sagrado; pero al lado de ellos, merecen alguna mención algunos otros autores que pudiéramos llamar expositores piadosos, esto es, hombres que buscaban en la Sagrada Escritura la confirmación y fomento de la piedad.

A este género debemos referir, ante todo, las *Anotaciones y Meditaciones sobre los Evangelios*, escritas por el P. Jerónimo Nadal en los últimos años de su vida (2). Este hombre, conocidísimo en la historia de la Compañía, como lo saben los que hayan leído nuestros dos primeros tomos, cuando el P. Mercurián le retiró del gobierno superior de la Compañía, se dirigió al colegio de Hall, en el Tirol, y en este humilde rincón empleó algunos años de su vejez en trabajar esta obra, para uso principalmente de las personas piadosas. No llegó él a imprimirla, puesto que murió en la primavera de 1580, y, por consiguiente, tampoco alcanzó el generalato del P. Aquaviva. Empero después de su muerte, y quizá por la veneración que inspiraba su memoria, procuraron los Superiores que saliese a luz este fruto de sus trabajos. En 1594 se imprimió la obra en un grueso tomo en folio, con acompañamiento de unas 150 láminas, que sirven para ilustrar la imaginación y acompañar a la consideración piadosa de

(1) *Commentarius in Job*. Parisiis, 1886, pág. 23.

(2) *Adnotaciones et Meditationes in Evangelia quae in Sacrosancto Missae Sacrificio toto anno leguntur, cum evangeliorum concordantia historiae integritati sufficienti...* Antuerpiae, 1594.



los pasajes cuya explicación espiritual se daba en el texto. No se cita al P. Nadal entre los comentaristas de la Sagrada Escritura, pero su obra no careció de algunos traductores en lenguas vulgares, los cuales la publicaron más bien como colección de meditaciones que como explicación de la Biblia.

A este género de exégesis piadosa debemos referir la obra que dió a luz el P. José de Acosta el año 1590 con el título *De Christo revelato, libri novem, et de temporibus novissimis, libri sex* (1), obra útil más bien para los predicadores que para los exegetas.

También podríamos añadir a este grupo los comentarios breves que redactó el P. Martín Antonio del Río. Era éste oriundo de Castilla la Vieja, pero nacido en Amberes, en 1551. Ya antes de entrar en la Compañía se había dado a conocer por algunas publicaciones sobre letras humanas y sobre jurisprudencia. Luego que vistió el hábito religioso en 1580, sin abandonar los estudios literarios que antes había cultivado con preferencia, se aplicó con singular ardor a las ciencias sagradas, y entre otros libros que dió a luz, publicó en 1604 un breve comentario sobre el Cantar de los Cantares de Salomón (2), otro sobre los Trenos de Jeremías, y estaba preparando otra grande obra, que debía llamarse *Adagialia Sacra*, pero no pudo llevarla hasta el cabo. Más conocido es este Padre por su célebre libro *Disquisiciones mágicas*, de que luego diremos alguna palabra; pero en medio de su abundante producción literaria, no deben caer en olvido estos trabajos sobre el texto de las Sagradas Letras, inspirados por la sólida piedad, y más bien con un fin práctico de utilidad espiritual que con el deseo científico de adelantar el conocimiento de la Sagrada Escritura.

Tales fueron los hombres que, en vida del P. Aquaviva, dieron a luz lucubraciones más o menos extensas sobre el sagrado texto. Acerca de todos ellos debemos hacer breves reflexiones, que en nuestros días pueden ser de alguna utilidad. Aunque algunos de estos autores fueron los más ilustres que hubo en su tiempo, obsérvese que en el día tienen todos algo de anticuado. El lector moderno halla en estos libros viejos algo que sobra y algo que falta. Los antiguos se aplicaban con amor a recoger sentencias morales de Santos Padres, sentidos alegóricos de la Sagrada Escritura, acomodaciones más o menos ingeniosas a la vida espiritual. El lector de nuestros

(1) Imprimióse en Roma el año 1590. Vid. Sommiervogel, t. I, col. 36.

(2) Véase la bibliografía de estos tratados en Sommiervogel, t. II, col. 1.901.

días desdeña o aprecia poco todo este trabajo, que le parece una como sobrecarga de la exégesis bíblica. En cambio, echa de menos más explicación del sentido literal y mayor exactitud y puntualidad en el examen y resolución de las dificultades que ofrece el texto de los libros.

Es innegable que con el progreso general de la ciencia ha progresado también la interpretación de la Sagrada Escritura. La Iglesia, sin mudar nunca sus dogmas, siempre progresa en el conocimiento de la verdadera doctrina, y en el gran movimiento científico que se ha desarrollado en los tiempos modernos en todas direcciones, milagro habría sido que hubiera permanecido estacionaria la ciencia del texto sagrado. Se ha adelantado mucho en el conocimiento de las lenguas orientales. La egiptología y la asiriología han difundido nueva luz sobre la historia de los pueblos antiguos; las ciencias y las artes de esos pueblos son hoy mejor entendidas que lo podían ser en el siglo XVI. Y aun prescindiendo de estas ciencias auxiliares en el estudio de la Escritura, no hay duda que en nuestros tiempos se ha estudiado y se estudia el texto mismo de la Biblia con una asiduidad, con una penetración y con una delicadeza de que no pueden tener idea las personas ajenas a los estudios bíblicos. Resultado de todos estos esfuerzos ha sido el aumentarse la luz con que se puede entender el texto inspirado por Dios. No negaremos que algunas veces esta mayor luz ha servido para descubrir nuevas dificultades, para hallar precipicios y abismos donde antes se creía todo terreno llano. Tampoco negaremos que en el estudio de la Sagrada Escritura, como en todas las ciencias, la humana fragilidad ha declinado de vez en cuando a deplorables aberraciones. Pero en medio de tantas dificultades, y entre el choque de gravísimos errores, no hay duda que se ha realizado modernamente en la Iglesia un verdadero y positivo adelanto en la inteligencia de la palabra divina. Bendigamos á Dios por el progreso que en el estudio de su palabra nos concede; pero esto no nos hará disminuir la admiración sincera hacia aquellos hombres insignes del siglo XVI, que, como Toledo, Maldonado y Pineda, realizaron un progreso que pudiera parecer inverosímil, dados los conocimientos escasos que en muchas ciencias existían entonces.